

la pequeña nobleza rural—, tenía como faros fijos de su actuación la acendrada fe religiosa y el anticomunismo, que para él significaban una sola cosa. Durante el ensayo de soviétización de Bela Kun —poco más de cuatro meses, en 1919—, Mindszenty se había arriesgado ya al criticar abiertamente el comunismo y proclamar la necesidad de que la religión se enfrentase con él. Probablemente, como a muchas personas de su tiempo— y a algunas de otros tiempos—, la urgencia del anticomunismo como compendio de todos los males le llevaron a considerar con alguna simpatía el nazismo o algún otro tipo de fascismo. De hecho, cuando los alemanes ocuparon Hungría, Mindszenty fue consagrado obispo, lo cual no hubiese sucedido si hubiese presentado algún rasgo contrario al nuevo régimen húngaro sostenido por el ocupante. Se le reprochó entonces que, cuando otros ministros de la Iglesia se jugaban sus vidas para salvar a los perseguidos y a los judíos, él encontrase justificada toda acción contra los comunistas y contra sus aliados, y no emitiese críticas contra el antisemitismo —los judíos le consideraban como antisemita—. Más tarde tendría un enfrentamiento directo con el Gobierno colaboracionista de Szalasi, que le parecía contrario a la Iglesia católica; el obispo Mindszenty fue detenido, y quizá hubiese sido enviado a un campo de concentración o ejecutado, de no haber sido por la llegada de las tropas soviéticas. Este obispo prisionero del fascismo, aunque fuese un prisionero de última hora, pareció muy interesante y muy aceptable, y por ello fue aceptado como primado.

Esta vez, Mindszenty no tuvo la actitud silenciosa y tolerante que había adoptado durante la ocupación: se declaró inmediatamente anticomunista. Lo cual comprometió gravemente a la Iglesia católica ante el nuevo régimen. A partir de su primera protesta, en 1 de enero de 1946, contra la proclamación de la República; para él, Hungría no había cesado en ser una monarquía, y él debía ejercer como regente hasta que hubiese un Rey. Sus pastorales, sus sermones y sus escritos eran terriblemente duros para el régimen y para los sucesivos Gobiernos. Hasta que en 1948 fue detenido y procesado. Como otros procesos de la época stalinista, fue prácticamente un simulacro antes de ser condenado a cadena perpetua. La muerte de Stalin cambiaría su suerte. En 1955, su condena fue atenuada por la de destierro, y en 1956, en plena revolución y contrarrevolución, volvió a su palacio episcopal, en Budapest, y se puso al frente del movimiento: nuevamente se creía el jefe del Estado provisional del país. Una de las concesiones de Imre Nagy fue la de rehabilitarle públicamente; pero sin conseguir por ello su indulgencia: en sus proclamas, el cardenal seguía considerando a Nagy y a los suyos como continuadores del comunismo y enemigos de la tradición húngara. No

consideraba diferente al liberal Nagy del stalinista Kadar. El cardenal esperaba que Occidente tomase una decisión militar para incluir a Hungría. Esperanza vana: el respeto al «statu quo» y al equilibrio mundial era más fuerte. Occidente se limitó a una gran campaña de propaganda y de acción política anticomunista, mientras las tropas soviéticas entraban en Budapest y volvían a imponer el orden anterior.

Mindszenty tomó de nuevo una decisión dura: no salió del país, como pudo haberlo hecho, sino que buscó refugio en la Embajada norteamericana, mientras las nuevas autoridades difundían documentos, declaraciones o testimonios según los cuales el cardenal primado había conspirado contra la seguridad del Estado y en connivencia con agentes exteriores, principalmente de los Estados Unidos.

Mindszenty permaneció asilado en la Embajada de Estados Unidos durante quince años, y no perdió ocasión de atacar desde ella al régimen. El hecho de que los diplomáticos occidentales se reuniesen cada domingo a escuchar la Misa que decía Mindszenty en la capilla de la Embajada, se convirtió en uno de los actos permanentes de la guerra fría.

La actitud preocupó seriamente al Vaticano, por cuanto comprometía la situación de la Iglesia en Hungría y el deseo general de restablecer buenas relaciones con los países del Este. Durante estos quince años, el Vaticano le pidió que renunciara a su asilo y se marchase de Hungría; no aceptó hasta 1971, y aun así, fijó su residencia en Viena, para

estar más cerca de su país y para seguir e influir en los acontecimientos políticos que pudieran desarrollarse. Conservó el título de Cardenal Primado y, por lo tanto, seguía creyendo en sus poderes temporales como unidos a los espirituales. Las indicaciones vaticanas de que dimitiera no le hicieron mella, hasta que en 1974, utilizando la disposición que permitía el retiro a los prelados de edad avanzada, el Vaticano declaró vacante la sede de Esztergom (cuyo arzobispo es automáticamente cardenal primado): Mindszenty hizo rápidamente saber que había sido contra su voluntad

y sin que tuviese el menor ánimo de dimitir. Tampoco aceptó la «insinuación» del Vaticano de «que no publicase sus Memorias ni se produjese en público». Las Memorias fueron publicadas en 1974, mientras hacía otros escritos y pronunciaba conferencias. Su intolerancia y la creencia en la encarnación de la verdad y la legitimidad en su persona no le faltaron nunca. Y en ellas ha muerto, a los ochenta y tres años, tras una operación de próstata. Ya su figura de héroe indomable se había ido convirtiendo en la de un anciano terco que obstaculizaba los nuevos cursos de la Historia... ■

UN MANIFIESTO DE CIENTIFICOS

El Colegio de Francia, contra la energía nuclear

● Otra manifestación —de alta calidad— contra las centrales de energía nuclear: la de los investigadores del laboratorio de física del Colegio de Francia. (El Colegio de Francia es una institución dependiente del Ministerio de Educación, pero ajena a la Universidad; reúne lo más prestigioso de la ciencia francesa y tiene una tradición de examen libre de todas las cuestiones.) En febrero pasado, estos profesores lanzaron un escrito con cuatrocientas firmas —a las que luego se añadieron cuatro mil más—, en el que pedía directamente a las

poblaciones que «rechazasen la instalación de centrales nucleares mientras no tuviesen una consciencia clara de sus riesgos y sus consecuencias». Ahora, 23 investigadores científicos, con el director del centro a la cabeza, requieren «la detención inmediata del programa de desarrollo masivo de la industria nuclear». Piden que se abra una moratoria para estudiar los problemas aún no resueltos y que se vea la posibilidad de desarrollar otras fuentes de energía.

Aparte de emitir la idea de que tienen para su oposición «razones

